

Entre los ya numerosos títulos publicados por la Fundación Mariano Rodríguez, cuyo legado a nuestra cultura debe de ser justamente reconocido, aparece hoy *Arte cubano. La espiral ascendente* de Roberto Cobas Amate. Siguiendo el concepto editorial de Alejandro Rodríguez Alomá y con un exquisito diseño de Arnulfo Espinosa, este libro es, desde ahora, una obra de imprescindible consulta y una verdadera joya si lo atesoramos en nuestro fondo personal.

Los más de 20 textos, compilados en un acucioso trabajo de Beatriz Gago, incluyen algunos realizados para catálogos de exposiciones, artículos, ensayos, apuntes, estudios y a veces profundos análisis de fenómenos y de figuras que han sido objeto de estudio del autor. Roberto Cobas se ha especializado en el surgimiento y desarrollo del arte moderno en Cuba, una de las etapas más ricas de la amplia historia de la plástica cubana.

Aporta la presencia de textos de sus contemporáneos Antonio Eligio (*Tonel*) y Abelardo Mena, poco frecuentes en este tipo de publicaciones. Sus colegas reconocen y celebran el valor de su labor, la complejidad de los análisis de figuras poco estudiadas o hasta ignoradas, la minuciosidad del estudio basado en documentos y cartas de la época, así como esa información excepcional que constituye la inmediatez de un catálogo, fuente primaria similar a las obras mismas y testimonio directo de la presentación de cada muestra, en definitiva, su memoria.

Tonel acierta en la comparación del Arte Cubano con un archipiélago, sumatoria llena de accidentes e irregularidades que al final constituyen una unidad. Mena apunta a partir de su propia experiencia, acerca del hecho de enfrentarse a una colección heterogénea, numerosa, estudiada y a la vez llena de interrogantes por

descubrir, y la complejidad de ese oficio que Nelson Herrera calificara con acierto como el último del pasado siglo.

Cierto que toma en esos momentos un protagonismo inédito y a veces sobredimensionado, pero que existe desde sus ya lejanos antecedentes, cuando comenzaron a concebirse exposiciones y, en especial, desde que el mercado de arte apostó por los impresionistas e incluso los llevó a presentarse en Nueva York, después de varios fracasos ante el público del París de la "*belle époque*".

Es precisamente en los orígenes, pero en los nuestros, donde la minuciosidad del estudio de las fuentes sobre las que ha trabajado Roberto Cobas, no nos deja dudas acerca de la veracidad de los hechos que relata, del papel que jugaron figuras ya lejanas en el tiempo, como José Gómez Sicre, sus contemporáneos Guy Pérez Cisneros y Domingo Ravenet, todos indiscutibles pioneros en dar a conocer la entonces joven pintura moderna cubana, excepcionalmente favorecida en 1944 por su presentación en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, MOMA, en 1944, y exhibida luego en espacios tan importantes como Argentina y México, así como en sitios privilegiados de nuestra Capital, en especial en el entonces flamante Salón de los Pasos Perdidos, del hoy recién restaurado Capitolio Nacional.

Difícil resulta imaginar al margen del hecho mismo, el despliegue logístico que debió suponer para la época, la organización, el montaje y el desplazamiento local e internacional de estas exposiciones, que debieron ser verdaderas proezas.

La razón de las omisiones en aquella muestra newyorquina de artistas esenciales, la visión desfolklorizadora de los críticos cubanos, que —aunque desde posiciones a veces discrepantes— entendieron e intentaron transmitir la verdadera esencia de

nuestro arte. Esto y mucho más nos narra Cobas, al ubicar en su lugar, o en el que él considera que le corresponde, a muchas de estas a veces controversiales figuras, incluso a María Luisa Gómez Mena, sin cuyo mecenazgo —apenas reconocido— notables acontecimientos culturales de la época tal vez no hubieran tenido lugar, ni existirían importantes espacios, como la Galería del Prado.

La valoración de Cobas Amate sobre el libro *Pintura Cubana de hoy*, donde Gómez Sicre supera lo que pudo ser el Catálogo de la muestra de solo trece creadores cubanos en el prestigioso MOMA, de cierto modo desmitifica este hecho, cuya trascendencia es innegable, para valorar un estudio donde aparece casi el doble de los artistas, con una visión que Cobas nos muestra más completa y abarcadora del panorama de la pintura cubana del momento.

El trabajo de Guy Pérez Cisneros, justamente reconocido con el premio que lleva su nombre desde hace dos décadas, sus publicaciones imprescindibles y las memorables exposiciones organizadas junto al maestro Domingo Ravenet, que a su talento y versatilidad en el dominio de casi todas las manifestaciones artísticas, sumo su culta sensibilidad para el análisis y la promoción de sus contemporáneos.

Década fecunda la quinta del pasado siglo entre nosotros, mientras Europa se sumía en la más terrible de las guerras, época que parecía opacada entre las tan estudiadas décadas precedentes, pletóricas de acontecimientos trascendentales, y de los años que le sucedieron, fecundos en luchas revolucionarias que resultaron finalmente decisivas. Mucho más abarca el estudio de Cobas, pero los años 40 asoman con un cierto protagonismo.

En contextos tan complejos, profundizando en los antecedentes y en los derroteros que siguieron después, asombra cómo nuestro autor puede, y logra,

desde el detalle y la opinión aparecida en documentos de la época, demostrarnos, con su erudición infinita, lo indiscutible de la sucesión de hechos, juicios y relatos; sin que esto signifique que necesariamente compartamos su opinión ni que él mismo se declare en ocasiones partidario de uno u otro enfoque.

La reapertura del Museo Nacional de Bellas Artes en el 2001, coincidió en los años siguientes con el centenario de numerosas figuras imprescindibles de nuestra plástica, muchos de ellos protagonistas de la aparición del arte moderno en Cuba. Se rindió tributo en estas fechas a los ya antes reconocidos como Lam, Pogolotti, Mariano, Portocarrero, Carreño y Arche; a la vez se situaron en su merecido lugar otros nombres menos favorecidos por la fama, como los de Felipe Orlando, Jorge Rigol, Samuel Feijóo o Mirta Cerra, esta última hasta entonces nunca antes presentada en una muestra personal. Estas exposiciones de homenaje contaron con el trabajo curatorial de Cobas y los textos de esos catálogos se incluyen en este volumen. Un estudio inédito acerca de Gattorno, otros de los casi desconocidos Serra Badué, Gabriel Castaño y Alberto Peña (*Peñita*) están ahora también a nuestro alcance.

Además, brinda nuevas miradas sobre Ponce y Pogolotti, donde se muestran en su justa trascendencia y recuperan el espacio que, de cierto modo, les había sido escamoteado. Sabemos que tampoco les interesó demasiado la fama, como a Víctor Manuel y Carlos Enríquez, en su vida perpetuamente bohemia. Incluso Amelia, encerrada en su universo familiar, rodeada de sus muebles coloniales, las frutas y vitrales que le sirvieron tantas veces de modelos.

Precisamente a evitar los tópicos nos convida Cobas con sus juicios inteligentes, basados en el estudio profundo de un tema, una figura o un documento.

Fui casualmente quizás la primera persona del museo en conocerlo, cuando hace casi cuatro décadas me correspondió entrevistarle y preguntarle qué esperaba encontrar aquí, después de realizar una brillante tesis sobre el dibujo animado en Cuba. Me convenció rápidamente, porque en él coexisten muchas inquietudes y supe después, durante nuestra ya larga amistad, de su pasión por el cine y de su impresionante dominio de la historia del mexicano en particular en sus años de esplendor, por solo citar un ejemplo de su versatilidad.

Hablar de su modestia resulta inevitable, porque nadie puede sustraerse a la impresión de que su extraordinaria cultura, se traduzca en sus tímidos comentarios, siempre en voz baja, apenas a modo de sugerencias.

Mi cariño por él no compromete mi admiración por su gran obra y en esto además no soy una excepción. Cita a algunos autores y muchas veces apunta, incluso en este libro, que los criterios mencionados no han sido superados.

*Arte cubano. La espiral ascendente* sí lo ha hecho, ha ido mas allá, nos ha mostrado y contextualizado las fuentes, nos ha enseñado y a la vez demostrado, que aún se pueden arrojar nuevas luces sobre el tema, lo que podrá hacer él mismo, en la plenitud de su desarrollo profesional y harán también los que vengan después, a partir de esos conocimientos que con infinita generosidad, siempre ha compartido con sus colegas más jóvenes y con todos los que hemos tenido el privilegio de estar cerca, o al menos en su entorno.

Moraima Clavijo